

POR QUÉ Y CÓMO ENSEÑAR HISTORIA*

Claudio Mena Villamar

LA HISTORIA, UNA MATERIA RELEGADA

En el proceso educativo ecuatoriano, la historia es una materia a la que cada vez se le presta menos atención. En efecto, su estudio llena pocas horas del horario de clases y su amplitud se reduce a breves capítulos de la materia. Como resultado de lo anterior, encontramos jóvenes que llegan a las universidades sin conocer ni los datos más elementales del pasado.

Con frecuencia cito una anécdota que me ocurrió como profesor universitario cuando en una prueba oral de grado para la licenciatura en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, pregunté al alumno sobre una visión general del Imperio de los Incas. Me di cuenta que no sabía casi nada y le formulé una pregunta simple: ¿Qué idioma hablaron los Incas? como no obtuve respuesta, traté de ayudarte aún más y le pregunté: ¿Qué es el quichua? La respuesta fue inmediata. “El idioma de los analfabetos”. Una gran risotada recogió esta respuesta de parte del tribunal examinador.

Si la enseñanza de historia merece este menosprecio dentro del currículo, la forma de enseñarla, su metodología, plantea otros problemas y habrá que aceptar finalmente que no se sabe enseñar historia.

Otro punto importante, a más de los mencionados, es de limitar en la forma más acertada y conveniente el campo que debe abarcar el estudio histórico porque puede enseñarse como historia cualquier aspecto del pasado de la humanidad, pero es evidente que existen temas a los que se deberá dar más atención que a otros, sobre todo porque el reducido período de enseñanza exige establecer prioridades en el estudio.

* Ponencia presentada en el Congreso de Historia'98.

¿ES IMPORTANTE EL ESTUDIO DE LA HISTORIA?

Suelo preguntar a mis estudiantes universitarios las razones por las que consideran que es importante el estudio de la historia. Las respuestas son variadas y predomina la que se refiere a que “gracias a la historia nos conocemos mejor”. También se señala que el estudio de la historia es importante porque la experiencia del pasado puede evitar que cometamos los mismos errores.

Vale la pena considerar con un poco más de detalle estas respuestas y en todo caso tengo el criterio que la enseñanza de historia debe empezar siempre por hacernos estas preguntas generales sobre qué es la historia y para qué nos sirve. Una filosofía de la historia, aunque sea elemental, es el primer paso para entrar en su estudio.

Decir que gracias a la historia nos conocemos mejor es verdad. Y no es que con su estudio nos conocemos mejor, sino que simplemente “nos conocemos”. En efecto, se ha repetido que el hombre es historia. Si pregunto a una persona que me informe quién es, me contará su pasado: dónde nació, qué estudió, sus trabajos, sus viajes, sus experiencias, o sea su pasado. Esta reflexión nos lleva a afirmar que lo que somos en el presente no es sino resultado de lo que hemos sido, de nuestro pasado.

Es frecuente que se hable en la actualidad de la “identidad”. Que se trate este tema es importante, porque el hecho de preocuparnos por nuestra identidad es un síntoma de que algo nos falta, de que tenemos una carencia. En efecto, la falta de identidad es resultado directo de un desconocimiento de nuestro pasado, porque la identidad nos vincula con un pasado.

Interpretamos la identidad como un conjunto de factores que nos dan sustancia, peso, un lugar en el mundo. El advenedizo, el caído del cielo, el “huairapamushca”, carecen de identidad, simplemente porque desconocemos su historia.

Pero la identidad puede también ser falsa por no corresponder a la realidad humana. Esto se produce cuando se crea una identidad ficticia en virtud de una historia mal contada, parcializada, en la que han abundado negociaciones o se han resaltado falsos valores.

En cuanto a que la historia nos sirve como experiencia del pasado y que gracias a ella se puede evitar cometer los mismos errores, es necesario hacer algunas reflexiones. En primer lugar, los hechos de la historia son siempre inéditos, los hechos no se repiten y en este punto es preciso volver a la famosa frase de Heráclito de que el hombre no puede bañarse dos veces en las aguas de un mismo río. Lo anterior no desconoce que existan hechos similares, parecidos, pero nunca serán iguales porque han cambiado las situaciones, los hombres, las sociedades. En consecuencia, es necesario destacar

en la historia aquellos factores que permanecen y que en algunos casos podrían ser causa de efectos “semejantes” pero nunca idénticos.

La historia como gran maestra de la vida ha sido un presupuesto señalado por los historiadores del pasado. Sin embargo, se constata también que el hombre vuelve a cometer los mismos errores, que las guerras, las traiciones, las maldades se vuelven a repetir, por lo que se ha afirmado que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

Al filósofo Santayana se le atribuye la frase de que el hombre que no conoce su historia está condenado a repetirla. Puede ser una frase elegante, pero no sirve para calificar la realidad. Lo que sí es verdad es que el pasado está ligado al futuro en sus proyecciones generales, pero no en los hechos particulares. Como herederos de un pasado, éste gravita sobre nuestros actos del presente y en gran parte condiciona nuestro futuro. Sin embargo, el hombre siempre será un ser impredecible, no es un autómatas al que se le pueda vaticinar cómo va a obrar en el futuro. Los historiadores suelen fracasar cuando asumen el papel de adivinos y profetas.

LA HISTORIA COMO CIENCIA

Para numerosos estudiosos la historia no es una ciencia si la calificamos como si fuera una ciencia de la naturaleza, o sea como la física, la biología, la química. En efecto, la historia no establece leyes que se cumplan en forma inexorable, como la ley de la gravedad, ni puede contar con laboratorios para reproducir los fenómenos. Un hecho acaecido en el pasado, como la Revolución Liberal en el Ecuador, no puede ser reproducido en ningún laboratorio.

La historia estaría ubicada en una ciencia del hombre o ciencias del hombre, porque sea o no ciencia, la verdad es que existe un “saber histórico”. La historia es esencialmente narración, pero no es solamente eso, porque también investiga las causas de los hechos históricos. De ahí que se hable de una narración “descriptiva” y una narración “explicativa”. Cuando el historiador no se contenta solamente con narrar los hechos sino que investiga las causas, formula hipótesis, la historia se aproxima a lo que es una ciencia, aunque no plantee leyes.

LA NARRACIÓN

Cuando decimos que la historia es principalmente narración, enfocamos un aspecto esencial: el historiador debe poseer un “arte narrativo”. Para la

enseñanza de la historia, este atributo de narrar en forma atractiva es muy importante; Benjamín Carrión llamó a la historia “el cuento de la patria”, lo cual no quiere decir, sin embargo, que el historiador “invente” cosas que no ocurrieron, como ha sucedido entre nosotros con magníficos narradores como Manuel J. Calle con sus *Leyendas del tiempo heroico* que, como lo dice su título, son más “leyendas” que “historia”. Ateniéndose estrictamente a los hechos verificados, el historiador puede enriquecerlos con su narración, con los giros que emplea, la riqueza del vocabulario y todos aquellos recursos formales que hagan de la narración un texto literario y permitan al lector gozar con su lectura. Lamentablemente, nuestros textos de historia han carecido en general de estos atributos y se han plasmado en textos aburridos, prosaicos, sin gracia literaria.

Al narrar los hechos del pasado, el historiador debe también hacerse preguntas, porque los hechos no se producen por azar, ya que existe un encadenamiento causal. Por eso se habla de un “tejido histórico”, en donde concurren diversos aspectos que pueden dar una explicación global de esos hechos. El historiador, en consecuencia, debe formular hipótesis como lo hace el científico que interroga a la naturaleza para finalmente observar si las hipótesis explican los hechos reales o deben desecharse. Lo que no deberá hacer nunca es deformar los hechos para que encajen en la explicación como hacen algunos historiadores que disponen de una explicación o teoría a priori y deforman la realidad para que ésta haga triunfar su teoría. Algunos historiadores marxistas han incurrido en este defecto tratando de explicar la compleja riqueza de la realidad con el dogma de que la historia no es sino la historia de la lucha de clases.

Paul Veyne dice en su obra *Cómo se escribe la historia*: “Los acontecimientos tienen causas, pero éstas no siempre tienen consecuencias. En definitiva, no todos los acontecimientos tienen las mismas probabilidades de llegar a suceder”. Es importante, por otro lado, dejar un margen para lo impreciso y lo aleatorio, porque son numerosos los acontecimientos que se han producido por motivos ocultos o por el simple azar, aun cuando a veces se lo invoca porque todavía están ocultas las verdaderas causas.

LA GLOBALIZACIÓN DE LA HISTORIA

Existe la tendencia a estudiar la historia nacional, o sea, la que está limitada geográficamente al espacio de un Estado. La historia del Ecuador se ha circunscrito al estudio de los acontecimientos acaecidos dentro de un espacio geográfico que desde la época colonial estaría determinado por lo que constituyó la Real Audiencia de Quito, luego la Gran Colombia y, por últi-

mo, la República. Se llega de esta manera a recortar el espacio histórico, lo cual tiene consecuencias negativas para una comprensión más real de lo ocurrido.

Lo histórico no puede estar determinado por lo geográfico, ya que el conocimiento histórico, o sea, la verdadera comprensión de los acontecimientos exige que la “visión” del historiador abarque más allá de los límites territoriales de un Estado, pues de esta manera los hechos estudiados pueden tener una mejor explicación al descubrirse causas ligadas a hechos que han sucedido en un territorio que rebasa los límites de la geografía política.

Durante la Colonia, los límites de los virreinos estuvieron determinados por razones de carácter administrativo, por el alcance que tuvieron las expediciones de conquista y dominación a partir de determinados centros urbanos y por los requerimientos políticos de la Corona española.

En la etapa de la Independencia, los brotes de insurgencia de la Colonia encuentran también explicación en los acontecimientos ocurridos en España cuando los ejércitos napoleónicos ocuparon prácticamente toda la península. En consecuencia, parte de nuestra historia encuentra explicación fuera de nuestro territorio.

En la hora actual, cuando el fenómeno de la mundialización o globalización ha alcanzado importancia, se aprecia mejor que problemas generalmente de carácter económico que aparecen en los países dominantes del mundo, sirven para explicar y entender los fenómenos que ocurren en los pueblos pequeños en vías de desarrollo.

Existe una “historia común” entre pueblos separados por los límites artificiales de los estados. Por eso es importante llegar a esa historia común, que es la única manera de explicarnos y conocer mejor nuestro pasado, porque gran parte de lo que somos arranca de esa “historia común”.

LOS TEMAS DE LA HISTORIA

Paul Veyne, en su libro *Cómo se escribe la historia*, dice: “Existen distintos grados de facilidad para percibir los diversos tipos de acontecimientos y resulta más fácil ver en la historia batallas y tratados, acontecimientos en el sentido vulgar de la palabra, que modos de pensar o ciclos económicos”. Lo anterior es cierto y la verdad es que nuestra historia ha sido de acontecimientos, una historia ‘acontecimental’ en el sentido de relatos descriptivos, cronológicos, sin llegar a señalar y analizar los móviles, los resortes ocultos que determinaron esos acontecimientos.

El historiador debe disponer de un catálogo de categorías que le van a facilitar plantearse preguntas sobre los testimonios del pasado. El historiador

actual dispone de una serie de conceptos con los cuales va a manejar los informes que le vienen del pasado. Tales conceptos o categorías, a modo de ejemplo, son: la situación demográfica, la mortalidad infantil, la morbilidad, la desocupación, el nivel de vida, la educación, etc. Si no se enfoca el estudio del pasado dentro de estas categorías se va a ignorar aspectos fundamentales de la población, del hombre, que es el gran actor de la historia. Pero, más que eso, sin tener estas respuestas no se va a disponer de una explicación global de los hechos.

Nuestros historiadores han pasado muy a la ligera el estudio de estas categorías fundamentales que señalan y caracterizan a una sociedad. Es cierto que existe también una especie de “deformación profesional” entre los historiadores. Monseñor González Suárez, el padre José María Vargas, hombres religiosos, dedicaron mucha atención en sus trabajos históricos a la Iglesia, a las fundaciones de conventos, las migraciones religiosas, las misiones, los trabajos eclesiásticos, etc. Este trabajo les privó de atender otros aspectos de la sociedad quizás más relevantes que los anteriores, como las condiciones económicas, sociales, culturales que prevalecían en la población.

LA HISTORIA DE LÍMITES CON EL PERÚ

La historia de las relaciones del Ecuador con el Perú, se ha limitado a ser solamente una historia de límites y ha servido para forjar un ánimo de menosprecio por el país vecino, a calificarlo en forma peyorativa y a alentar un espíritu de revancha y de pseudonacionalismo. ¿Cuál es la causa? Simplemente que los textos se limitaron a hablar solamente de unos “derechos” (con frecuencia tampoco muy claros o indudables) sobre determinados territorios, sin señalar que en la realidad muchos de esos territorios en que tales derechos se sustentaban, se encontraban bajo el control y dominio del Perú.

Llevados por un falso patriotismo se ha tergiversado la verdad. Después del solemne acuerdo firmado en Brasilia en octubre de 1998 para dar fin al litigio pendiente entre los dos países, numerosos ecuatorianos recién con esta oportunidad se enteraron de la verdad y comprendieron que la verdad histórica había sido mañosamente alterada, manipulada y tergiversada.

Una misma historia del conflicto Ecuador-Perú escrita por un historiador ecuatoriano y un peruano tendrá diferencias muy grandes que se explicarían por la nacionalidad de los autores. El problema será: ¿Cuál de los dos ha dicho la verdad? La respuesta es evidente: Ninguno de los dos. Para aproximarnos a la verdad histórica habrá que buscar una posición intermedia entre los dos, llegar a un eclecticismo.

Felizmente, el avance de las comunicaciones, los medios de masa, el Internet, aproximan a los pueblos y se conocen simultáneamente cuando se producen, las ideas, opiniones y noticias de otros lugares. Esto facilita que los hechos no puedan ser fácilmente distorsionados y que las opiniones o versiones puedan ser fácilmente confrontadas.

FIN DE LA HISTORIA HEROICA

El Ecuador parece que necesitó crearse un pasado heroico, lleno de grandezas y poblado de héroes. Entonces se creó una “historia heroica” llena de estas hazañas con el objeto de crear una conciencia de pertenencia a una nación grande, inclusive en el aspecto territorial.

Las nuevas repúblicas nacidas de la emancipación necesitaron esta labor para afianzarse con seguridad en el presente y proyectarse al futuro. La historia se convirtió entonces en un texto de cívica. Pero esta historia debe terminar para dar paso a una concepción moderna que no busque fines fuera de la propia historia ni se ocupe de convertirse en tribunal para juzgar a buenos y malos ni haga valoraciones subjetivas, sino estrictamente históricas, o sea, afianzadas en hechos probados. Esta tarea dará como resultado un análisis con menos calificativos, que ahonde más en la complejidad de los hechos, que no busque crear héroes y que, si los encuentra, guarden las proporciones que los acontecimientos les dieron y nada más.

Cada generación está obligada a echar una nueva mirada al pasado desde su propio presente que está ya preñado de futuro. Como escribo en mi libro *El Quito rebelde*:

La función del historiador es hacer inteligibles las páginas del pasado, limpiarlas del moho que sobre ellas se ha depositado, analizar las circunstancias reales en que ocurrieron los hechos, encontrar nuevas relaciones e interpretaciones, plantear nuevas hipótesis, desmitificar algún acontecimiento y ver el sentido que esos hechos tienen para el hombre de hoy para el que los mira desde otra circunstancia histórica diferente.

Por último, en historia nunca se ha dicho la última palabra. El historiador J. E. Carr ha escrito: “Nuestro sentido de la dirección y nuestra interpretación del pasado están sujetos a modificación y a evolución constantes conforme vamos adelante”.